

**PALABRAS DE LA EX PRESIDENTE MICHELLE BACHELET EN
CEREMONIA DE ACEPTACION DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA
DE LA UNIVERSIDAD POMPEU FABRA DE BARCELONA**

17 de Mayo de 2010

Estimado Rector de la Universidad, Doctor Josep Joan Moreso,

Estimados miembros del Consejo de Gobierno de la Universidad,

Estimadas autoridades académicas y profesores,

Queridos estudiantes, amigas y amigos

Antes que nada, quiero compartir con Uds. mi profundo pesar por el sensible fallecimiento de la estimada Doctora María Rosa Virós Galtier

Estoy cierta que gran parte del reconocimiento que esta Universidad se ha ganado en el mundo entero, es mérito suyo y producto de su gran gestión al frente de esta Casa de Estudios.

Especialmente en este día, en que tengo el privilegio de honrar su memoria junto a ustedes, es para mi un verdadero honor aceptar esta distinción que se me concede y pasar a formar parte de una comunidad tan relevante en el mundo del saber y conocer, como es la Universidad Pompeu Fabra.

Son pocos los centros de estudio que en tan poco tiempo son capaces de lograr tal excelencia y prestigio, como lo ha hecho Pompeu Fabra.

Y eso se debe al tesón y a la rigurosidad con que han enseñado e investigado sus maestros, así como al trabajo y a la curiosidad intelectual de sus alumnos.

Se ha generado en estas aulas, un verdadero espíritu universitario.

Aquel espíritu humanista, aquel espíritu abierto, aquel espíritu democrático que debe imperar en todo centro de estudio.

A veces vemos cómo la lógica del mercado salvaje pretende imponerse incluso en la enseñanza.

Hoy vemos no sin preocupación cómo en otras latitudes muchos optan por formar y formar casi a granel técnicos y profesionales en

determinadas disciplinas, sin ocuparse mucho de su real formación valórica, de su real compromiso con los principios democráticos; sin una mínima formación ética, sin ligazón con los derechos humanos, la paz y la tolerancia.

Pompeu Fabra ha seguido un camino ejemplar.

Porque a esos valores democráticos y ciudadanos ha añadido una real vocación por la producción de conocimiento. Y se ha transformado en un centro de referencia obligado en España, en Europa y en todo el mundo.

Y quiero destacar algo muy especial.

Como médico, valoro enormemente la investigación que se hace en estas aulas en materias científicas, en biología, en genética, en medicina.

Pero como líder político, no puedo sino destacar el inmenso aporte que la universidad realiza en el campo de las Humanidades.

Porque éstas a veces son terreno olvidado en la educación superior, hay que aplaudir la vocación de Pompeu Fabra por llevar adelante valiosa investigación en ciencias humanas, en economía, en políticas públicas, sociología, derecho o filosofía.

Por todo ello, señor rector, señores miembros del Consejo de Gobierno, es que acepto con tanto gusto pasar a formar parte de esta comunidad.

Sin embargo, debo hacer una salvedad.

El doctorado honoris causa que hoy acepto, según he leído de la resolución del Consejo que así lo declaró, se me otorga en razón de mi aporte en la defensa de los derechos humanos, la democracia y la justicia.

Créame, señor rector, que ninguno de esos aportes podría haberlos hecho si no hubiera existido, antes de mi, un pueblo valiente, un pueblo amante de la libertad, un pueblo de convicción democrática, un pueblo de vocación justiciera, como es mi querido pueblo chileno.

Para que la democracia se restituyera en mi país, para que las violaciones a los derechos humanos se conocieran y no pasaran impunes, para que el país lograra crecer y avanzar hacia el desarrollo,

ha tenido que existir un pueblo decidido, con voluntad de entenderse y superar los traumas del pasado sobre la base de la verdad y la justicia.

Los líderes muchas veces no somos sino catalizadores de aquella voluntad soberana y democrática.

Por eso quiero dedicar este reconocimiento al pueblo de Chile, el que como ustedes saben, acaba de pasar por un momento muy doloroso, con ocasión del terremoto y el maremoto que azoló nuestra tierra.

Pero ese pueblo está sabiendo levantarse, con abnegación y esfuerzo.

“Una y cien veces” se levantará Chile, como nos dijo una vez Ortega y Gasset, al notar la enorme resiliencia de un pueblo que puede aceptar la fuerza de la naturaleza, pero que no se acostumbra al dolor.

Y para ellos, para los miles de chilenos que hoy sufren, junto a sus casas derrumbadas las inclemencias del invierno austral; para los miles de familiares de las víctimas que dejó el terremoto, quiero pedir, con humildad y respeto, el reconocimiento y la solidaridad de esta sala.

Por todo ello, señor rector, permítame dedicar al pueblo de Chile esta medalla.

Amigas y amigos, acojo con humildad las palabras que me dedicaron al comienzo de este acto.

Tienen razón al destacar un aspecto de mi vida tan central, como es la vocación por sanar heridas.

Así es como llegué a la Medicina. Pero así es, también, como llegué a la política.

Porque los países tienen heridas, y de ellas hay que preocuparse, con la vocación del sanador, pero con la rigurosidad del médico.

Una herida profunda en Chile fue el quiebre de la democracia y la violación de los derechos humanos que ocurrió a partir de 1973.

Hubo una política deliberada de persecución y exterminio por parte del Estado. Y eso deja huella en una sociedad.

Una huella muy honda, que si no se atiende, puede desangrar el alma de la Nación.

Pero Chile tenía que avanzar. ¿Cómo hacerlo? Era la pregunta de muchos en aquellos frágiles primeros años de la transición democrática. ¿Lo hacemos sobre la base del revanchismo o lo hacemos sobre la base del olvido?

Yo no quería ni lo uno ni lo otro para mi país. Porque sé que la confrontación no lleva a ninguna parte a los países.

Por el contrario –y ésta fue una dura enseñanza de los años 60 y 70— sé que la diatriba del odio, sea ésta de izquierda o de derechas, sólo genera violencia y más violencia, la que es sufrida por el pueblo más humilde.

Pero por otro lado, sé también que las heridas hay que limpiarlas antes de cubrirlas.

Hay que sanarlas con cuidado, pero sanarlas.

Como bien dejó dicho en su discurso María Rosa Virós Galtier, creo en *“la paz sin amnesia y en la justicia sin venganza”*.

Hemos sido promotores activos de este espíritu y este compromiso, desde que recuperamos la democracia en 1990.

Y hemos logrado avances que alguna vez creímos inimaginables.

La sociedad chilena ha logrado conocer y aceptar la verdad: que en Chile fueron desaparecidas o ejecutadas casi 4 mil personas y que decenas de miles fueron torturadas por organismos del Estado.

Hemos avanzado en verdad y hemos avanzado también en justicia.

Los principales culpables de las violaciones a los derechos humanos enfrentan juicios ante los tribunales y casi todos purgan sus penas en la cárcel.

Porque como país, hemos asumido que la memoria de miles no admite impunidad, no admite punto final.

Pero también miramos al futuro.

La democracia que reconstruimos lo hicimos sobre la base de un nuevo consenso nacional, en torno a la idea de que no existe ninguna, ninguna

circunstancia política que pueda justificar el uso de la violencia política para resolver los conflictos al interior de la sociedad.

Este, por cierto, ha sido un proceso gradual, pero a la vez sistemático.

No ha sido todo lo rápido que hubiésemos querido, pero ha sido sólido, involucrando institucionalmente a las propias Fuerzas Armadas.

Hemos también abordado la reparación moral y material de las víctimas y sus familiares.

Aprobamos una serie de leyes para ayudar a los exiliados, a los exonerados de la administración pública, a los hijos de las personas fallecidas, a quienes sufrieron en carne propia la tortura.

En definitiva, hemos sido capaces de conciliar verdad y justicia; futuro y memoria; sanción y reparación, sin que nada de ello afecte la paz social.

Este proceso ha sido un componente medular para la consolidación de nuestra democracia.

La ética de los derechos humanos es el legado que esta generación de chilenos --mi generación-- quiere dejar a las futuras generaciones.

Por eso hemos puesto un gran énfasis en la educación y en el rescate de la memoria, para que nunca más en Chile volvamos a vivir las atrocidades que vivimos en ese período.

Pero, a la vez, estamos generando las condiciones institucionales que garanticen permanentemente la protección, respeto y promoción de los derechos humanos básicos de cualquier chileno.

Pero hay una segunda herida en mi país, herida que compartimos con toda América Latina.

Me refiero a la herida de la pobreza, de la exclusión, de la desigualdad, y últimamente, de la violencia criminal.

A eso he dedicado todo mi esfuerzo, toda mi vida.

Ingresé a la política para combatir la injusticia social. Han pasado casi 4 años de aquello, y sigo luchando.

Chile ha vivido avances que me reconfortan. Algunos de ellos han sido mencionados aquí.

Reducir la pobreza en 20 años de un 40% a 13% es mucho más que una cifra.

Se trata de millones de chilenos que dejaron atrás condiciones de hambre, insalubridad, frío, ignorancia.

De a poco, Chile ha ido retomando su camino de progreso y bienestar, asegurando mejores oportunidades para todos sus hijos.

Durante mi gobierno, por ejemplo, aprobamos una reforma al sistema de seguridad social que permitirá eliminar la indigencia en la tercera edad en un par de años.

Ni más ni menos que eso: dejar atrás aquella pobreza extrema tan dolorosa –y muchas veces tan silenciosa— que viven nuestros viejos en América Latina.

Por otro lado, otra de mis preocupaciones fue la primera infancia en mi país.

En cuatro años quintuplicamos la oferta de salas cunas y jardines de infantes públicos y gratuitos, en el convencimiento que es allí, en esos primeros años, donde se juega realmente la batalla de la desigualdad, porque la evidencia médica nos dice que las desigualdades cognitivas que se generan a aquella edad son muy difíciles de revertir a futuro.

Por eso digo, la pobreza y la desigualdad es una herida que se debe atender con premura en nuestros países latinoamericanos.

Pero, y aquí está el pero importante, como médico sé que premura no es sinónimo de precipitación.

Sé que sin políticas públicas bien fundadas, bien planteadas, y sobre todo, bien financiadas, no se logran los nobles objetivos que uno se plantea.

He ahí lo que marca la diferencia de un gobierno de vocación popular de un gobierno populista.

Así es como se sanan las heridas, sin peligro de recaída.

Señor rector, autoridades,

Me despido de todos ustedes. agradeciendo nuevamente el reconocimiento que se me otorga.

Sé que será muy bien recibido en mi país, que tantos lazos tiene con ustedes, y donde esta Universidad ha adquirido tanto renombre y ha captado el interés de decenas de estudiantes de post grado.

Y espero que el acuerdo que dejamos avanzado en mi Gobierno y financiado a través del Fondo Bicentenario de capital humano, o lo que se conoce como Becas Chile, que está pronto a ser firmado, pueda significar que contarán con muchos estudiantes chilenos más en esta Universidad de excelencia.

Porque somos países muy hermanos, muy parecidos, muy democráticos, muy ciudadanos y muy solidarios.

Muchas gracias.